

**TAMARA
TENENBAUM**

**NADIE VIVE
TAN CERCA
DE NADIE**



emecé

Tamara Tenenbaum

Nadie vive tan cerca de nadie



emecé
cruz del sur

Hablemos de otra cosa

Lisa tiene que ser siempre la primera. Cuando llega una ensalada con un huevo poché es ella la que lo pincha para que la yema se derrame sobre las hojas verdes. Es lo que más le gusta, encima, eso: romper, abrir. Guillermo lo sabe y la espera, todas la veces. También sabe que si el mozo les pregunta si quieren la limonada común o la que tiene jengibre, la muzzarella común o la especial, Lisa siempre quiere lo especial. Aunque lo que tenga de especial sea algo que no le guste.

No es ninguna sorpresa lo de Jorge, contó Lisa, con una naturalidad de barrio fingido. En algún momento ella se iba a cansar. Siempre lo supo. Si lo sé yo y lo sabés vos, lo sabía ella. No sé. Ellos en teoría tenían una relación abierta. No creo que se hayan separado por eso. Lo estás diciendo vos mismo, Guille. En teoría. Además, una

relación abierta no autoriza a estar con tantas chicas que conocemos todos. Ese nivel de endogamia es innecesario. Más que innecesario, es a propósito, es hiriente. ¿No te parece? Bah, no sé, eso pienso yo, y con un tono cantado hacia arriba como una pregunta y un movimiento de cejas Lisa quiso aclarar lo que acababa de decir, pero no aclarar en el sentido de hacer entender. Aclarar en el sentido de acuarelar, de dejarlo más lavado, menos definido. Batió las pestañas.

Lo que más le molesta a Lisa de Guillermo es lo tolerante que es con las equivocaciones ajenas cuando no lo afectan a él. Es tan tolerante que ni siquiera puede tener una opinión. La hace sentir una conchuda, siempre. ¿Es una impostación? ¿Piensa cosas y se las reprime? ¿Es moral el problema, es algo sobre la culpa? ¿O de verdad sencillamente mira las vidas de los demás y no le parece nada? Para Lisa comentar vidas ajenas es un pasatiempo perfectamente civilizado y suficientemente inofensivo.

¿Sigue casada Marlene?

Guillermo le contesta que sí, ignorando a propósito el fraseo de la pregunta. Cambió de laburo

el marido, Javier. Viste que antes estaba en Cultura. Consiguió un pase al Ministerio de Trabajo. ¿Y para qué? ¿Es mejor la plata? La plata es la misma. Calculo que le gusta más el trabajo. Lisa tiene dos trenzas. Se saca las gomitas que las sostienen y las deshace con los dedos.

Todavía les debemos el regalo de casamiento, por eso te preguntaba.

Guillermo levanta los hombros: me parece que ya fue. ¿Ella anda bien? Sí, creo que sí. Viste cómo es ella, siempre está contando las monedas que le faltan. Pero andar anda bien. ¿Del otro no sabe nada? Del que fue al casamiento, ese que se notaba. ¿Que se notaba qué? Ay, Guille, que tenían algo, que habían tenido. Decís Martín. Sé que se hablan por Facebook.

Guillermo saca el celular para ver la hora: está cansado de mirar para afuera, de buscar puntos en el espacio. Lisa se queda mirándolo pero finalmente saca el celular ella también: una venganza o el reconocimiento de una derrota. Guillermo le mira el pelo que le quedó ondulado, con la marca de las trenzas: cada tanto una parte de ella le devuelve un chispazo de otra

época. Los cuerpos se gastan, pero tal vez se regeneran como las neuronas, que ahora dicen que se regeneran. Tiene que haber secciones de la piel de ella, algún pedacito de la nuca cerca de las orejas, el costado de una pantorrilla, que él no haya mirado nunca.

Ah, esto es lo que te quería decir: mañana no puedo ir a comer. Voy a ir a lo de Jorge, en realidad: voy a ir a la casa de Paula, a ayudarlo a limpiar. ¿A limpiar? A buscar sus cosas.

¿Y a qué hora vas a volver?

No sé. Supongo que después iremos a tomar unas cervezas. Un whisky, Guillermo. Comprale un whisky a Jorge. Le va a hacer mejor. La cerveza es lo peor para la panza y vos sabés lo que yo digo siempre. Lo que es malo para la panza es malo para el corazón. Por eso la mentira de lo dulce: regalar bombones es regalar veneno. Pero avísame a qué hora volvés, así me organizo. Invito a alguien, me voy a algún lado.

Yo también puedo tomar un whisky.

No entiendo, Lisa: ¿qué diferencia te hace a qué hora vuelvo? ¿Qué diferencia le hace a tu whisky?

Por unos segundos solo se escucha ruido de la calle y de cucharitas que se chocan. Lisa se frota las manos y muerde, bruxa, tan fuerte que se le invierten un poco las mandíbulas. A Guillermo no le incomodan los silencios de Lisa. Sabe que no duran nada. Ya la está viendo relajar la cara y, con una duda brillante en los ojos, abrir la boca.

Yo conocí una chica, una vez, que vivía en la playa, y que había hecho una especie de voto de celibato. Como que se había casado con el agua, decía ella. No estaba loca. Era una chica normal, una chica como yo. No era monja, ni religiosa, ni fea. Y el matrimonio se lo tomaba muy en serio: bajaba al mar todos los días, aunque sea se quedaba quince minutos. Si hacía mucho frío, solo metía los pies.

Como tenía tatuajes supuse que estaría quemada de una vida intensa. Toda la gente que tiene tatuajes tiene un pasado, eso me parece obvio; no hay tatuajes del presente, es como las cicatrices. Nace y ya es un recuerdo de algo, la tumba de algo. La conocimos con Laura el año que fuimos a Cariló y nos quedamos un mes entero, justo antes de empezar la facultad. Tenía un par de años

más que nosotras: no muchos. Fue así: una vez se cortó la luz y ella vivía cerca, y le tocamos la puerta para saber si ella también estaba sin luz. Eran las seis de la tarde, todavía entraba sol, entonces nos tuvo que decir que no sabía.

Salvo por las lamparitas no tenía nada eléctrico en su casa.

Ni tele, ni internet. Ni siquiera música. Prendió la luz del baño y se dio cuenta de que sí, ella sí tenía luz. Ni la conocíamos, pero nos dijo que nos podíamos quedar en su casa esa noche, si queríamos. Y nos quedamos con ella. Nos hizo unos fideos con aceite de maíz; sin decir nada, solo los hizo y los sirvió. Teníamos un vino pero no había sacacorchos en esa casa. Le pedí un balde y rompí la botella ahí adentro. Tuve suerte o técnica innata: el corte fue limpio. No nos tocó tomar vidrio.

Mientras comíamos le conté del novio que tenía en ese momento: ya no recuerdo cuál era nuestro problema. Laura le contó que nunca había tenido un novio y que eso la preocupaba seriamente. Y ella nos contó del agua, que se había dado cuenta de que no necesitaba nada más para vivir, que todo lo demás le pesaba como la ropa cuando

está mojada, una metáfora mal elegida, sin duda. Hacía más de tres años, nos dijo, que había encontrado ese lugar y entonces supo que no necesitaba a nada ni a nadie más. Se sintió completa. No sintió más ansiedad, recuerdo que dijo eso, y ahí supe que tenía que venir de la ciudad, como nosotras, que por eso no tenía ninguna tonada. No esquivaba los temas; se deslizaba en la conversación quedándose solo donde quería. Le pregunté cómo era querer al mar, si era lo mismo que querer a una persona: se lo pregunté muy seria y Laura pensó que la estaba boludeando y me pegó un codazo, pero ella sonrió muy tranquila. No, para nada, me dijo: es muy diferente. ¿En qué? Y en eso de la ansiedad, en eso también. Supongo que es algo de las expectativas. Claro, le dije yo, porque al mar siempre lo tenés ahí, no se va a ir a ningún lado. Y me contestó que no, que todo lo contrario: que el mar es inmenso y es siempre diferente. No hay nada que puedas esperar de él. Lo que hace siempre es cambiar, irse y venir. Te sorprende todos los días y no te decepciona nunca. O más bien: te decepciona todos los días. El dorso de los pies se le estaba pelando por el sol. Se notaba que ahí

su piel era más dura, más oscura, más vieja y más resistente.

Quería saber de qué vivía. Busqué señales de trabajo en esa casa sin señales de nada. Una mierda, ¿no? Esa obsesión que tengo con la guita, con la guita de los demás. No sé si es una envidia, una envidia patológica, una envidia hasta de una piba que vive debajo de todas las líneas de la pobreza. Una fijación por descubrir a los demás, por destaparles las ollas. Trazas de hombres busqué también, pero en la casita no había nada. Ni fotos de familia. Había un par de libros azarosos, como si los hubiera ido robando de lugares distintos. Una novela de John Grisham, *Rayuela*, un detective que se llamaba Perry Mason, uno de autoayuda. Al día siguiente se fue al mar a la mañana temprano, tratando de no hacer ruido para no despertarnos. Yo solo sentí la puerta, el movimiento, no el sonido.

Cuando Laura y yo nos vestíamos para irnos llegó un perro, un perro solo de playa, que parecía que venía buscándola a la chica del mar, y ahí sentí que la había atrapado. No estaba sola: alguien dependía de ella, alguien le daba amor y ella

a cambio le daba comida. Me quedé un rato esperando a ver si ella volvía a darle de comer al perro, pero pasó una hora y no apareció. El perro salió cuando yo salí, tomó velocidad y lo perdí. Laura se había ido antes y cuando fui a buscarla a la playa el perro estaba con ella, la había seguido. Dormía al lado, sobre nuestro toallón. Yo me había equivocado. El perro se había dado cuenta de que la relación de la novia del mar era exclusiva y excluyente y nos había seguido a nosotras, que estábamos disponibles, que teníamos huecos para dar y para recibir. Agujeros, quiero decir, espacios.

Durante mucho tiempo cuando contaba esta historia siempre la terminaba diciendo que ella era la persona más feliz que yo había conocido, me parecía un buen final. Ahora me parece que es una mierda ese final, ¿sabés? Además me parece que lo inventé, ese sentimiento de ella o ese pensamiento mío sobre ella. Y que lo conté así tantas veces que ya no me acuerdo de la verdad, ya no me acuerdo de ella. Ni siquiera puedo recordar su nombre.

Están compartiendo un kilo de helado y ya no le quedan almendras al chocolate. Perdoname,

dice Lisa, cuando escucha que de tanto buscar la cuchara de Guillermo quiebra el telgopor. Me las debo haber comido todas yo. Hago siempre lo mismo, ¿no?